

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49, 3.5-6): *Te hago luz de las naciones.*

Salmo (39, 2 y 4ab.7-8a.8b-9.10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 1-3): *Invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo.*

Evangelio (Juan 1, 29-34): *Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí.*

Agradecemos la pausa en el trabajo para un café o un refresco compartido con algunos amigos, o en la escuela nunca protestamos por tener un rato de recreo; pero, sobre todo, amamos las fiestas. Nada como una buena fiesta en compañía de personas que hacen que la vida valga la pena. ¡Esto es así!, porque hay días laborables, de trabajo o de estudio, hay mucho tiempo que no es de vacaciones donde no hay más fiesta que la que podamos llevar dentro, cada uno. A ese tiempo lo podríamos denominar “*tiempo ordinario*”.

La Iglesia también disfruta enormemente de dos grandes fiestas. Fiestas que tienen un ritmo celebrativo que las hace únicas: Pascua y Navidad. En primavera celebramos “*Cuaresma, fiesta y tiempo pascual*”; y en invierno “*Adviento, fiesta y tiempo navideño*”. Apenas hemos pasado la fiesta de la Navidad y el tiempo celebrativo que la siguió y, los cristianos, empezamos a vivir un tiempo común de la vida de los seres humanos al que, litúrgicamente llamamos: “**Tiempo Ordinario**”. Durante los domingos de este “*tiempo ordinario*” hacemos una lectura, continuada, del Evangelio de la vida de nuestro Señor Jesucristo. Este año (ciclo A), reflexionaremos con el evangelio de san Mateo; el próximo año (ciclo B), acompañados con el evangelio de san Marcos y el siguiente (ciclo C) seguiremos el de san Lucas; y así ciclo tras ciclo, sucesivamente.

Ser cristiano es vivir siguiendo a Jesús, caminar tras Él, aunque haya que coger la cruz de cada día, y asumir las exigencias que esto conlleva, pero con la seguridad de que nuestro Maestro es en verdad el Cordero de Dios, el que se entrega total y definitivamente para darnos la Vida y la Salvación. Juan nos lo señala con claridad; este es el Cordero de Dios, que sirve, actúa, da la Vida para que todos tengamos vida. Y no lo hace solo: enviado por el Padre, ungido con la fuerza del Espíritu, y creando una comunidad que dé testimonio, que manifieste en el mundo que Él es el Hijo de Dios. De ahí nacen sus seguidores, la familia, la comunidad, lo que es la Iglesia.

Ya estaba, desde siempre, previsto que en la plenitud de los tiempos Dios enviaría a su Hijo. ¡Qué caprichos los de Dios!, solemos pensar. Que Jesús sea enviado no es un capricho, ni que lo seamos cada uno de nosotros, pues también estaba previsto que nosotros fuéramos enviados. ¡Qué grandeza hermanos! Hemos sido creados por el Amor del Padre para una misión, para vivir creando y llevando a todos la Verdad y el Amor del Padre. Isaías así nos lo dice: tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso (no cansado, ni decepcionado) y te he formado desde el seno materno para hacer el bien, crear unidad y ser luz para tus hermanos.

¡Somos hijos de Dios! Hijos en el Hijo. Quizá no haya grandeza mayor que esta. Hijos, pero no por nuestros deseos o gustos, porque lo queramos así. Hijos elegidos desde siempre para vivir en plenitud, para ser servidores en camino. Ser cristiano es vivir atento a los demás, a los hermanos, ir aprisa a la montaña, buscar al que queda herido al lado del camino, servir a todos, hasta el confín de la tierra. Ser hijos no es lo que nosotros hacemos con Dios, sino lo que Dios Padre hace con nosotros, y dejarse querer, arropar y enviar para proclamar y dar testimonio de este Amor tan grande.

A nosotros se nos han dado los dones de la gracia y la paz, pero también se nos pide que no seamos “*siervos*” solo en el ámbito reducido de nuestra intimidad personal. Nosotros somos de esos que han sido santificados con el don del Espíritu; nosotros podemos invocar a Jesús, Hijo de Dios, porque hemos recibido su Espíritu. El Señor nos quiere convertir en aquello que ya es su Hijo muy amado: **«Luz de las naciones»**. No podemos aceptar vivir un cristianismo solo en lo privado, sino que nuestras opciones de fe deben hacerse vida a la vista de todos, para que la gracia y la paz de Dios lleguen a todos. A nosotros, que hemos sido iluminados por su Hijo, Dios quiere hacernos arder en ese mismo fuego; es poco que seas mi siervo solo para algunas tareas o solo en algunas partes... Él quiere convertirnos también a nosotros en “*luz de las naciones*”, para que su salvación llegue hasta los últimos lugares de la tierra.

No tenemos más remedio, hermanos. Aunque ser cristianos nunca es una imposición, ni es determinismo. No. Dios nos quiere libres, capaces de elegir y entregar la vida. Qué bien nos lo dice el salmo: **«aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»**. No la nuestra, no, tu voluntad (que siempre es de bien, de entendimiento, de relación, de paz). Porque toda nuestra vida es esperar, y saber que Dios se inclina, nos escucha, mete su Ley en nuestras entrañas y nos acompaña siempre, aunque a veces no nos demos cuenta, es sorprendente su presencia.

En la alegría del Evangelio, reconozcamos al que no conocíamos, dejémonos bautizar por Él en Espíritu Santo, acojamos sus dones de gracia y paz, brillemos con Cristo ante el mundo para que la salvación llegue a todos. **¡Queremos proclamar con tu Gracia y Paz, Señor, tu Salvación!**